

Nuestra historia vista a través de sus culpables

Alfredo Acle Tomasini©

Los medios electrónicos se peleaban la noticia de la muerte. Afirmaciones y desmentidos. Finalmente, la confirmación inequívoca del deceso. Entonces sobrevinieron los juicios lapidarios, que en chusca mezcla condimentaron lo público con lo privado, recordando sus frases –más tristes que célebres -, y desde luego, destacando los escándalos familiares que tanto ayudan a incrementar la audiencia. En el extremo, la burla: un diario cabeceó: “Estiró la pata”, mientras que un noticiario de radio intercaló con malicia la canción de Flores: Cleto sus ojitos cerró.

Ciertamente, el sexenio de López Portillo, y él en lo individual como presidente de la República, contienen numerosos elementos que despiertan controversia sino es que pasiones encontradas. Aspectos que se magnifican, porque en un mismo sexenio – en tan sólo seis años – el país vivió momentos antitéticos durante los cuales, su carácter, sus cualidades y sus defectos fueron protagonistas; para bien y para mal. Heredó un país en crisis, y dejó un país crisis. En el interim, la bonanza, el crecimiento, los grandes proyectos y la reformas trascendentales: la política y la administrativa.

Pero, más allá de las filias y las fobias que suelen existir alrededor de cualquier personaje público, la muerte de López Portillo como fenómeno mediático, permite observar la forma superficial como los mexicanos solemos analizar nuestra historia. Así parecería que sus avances, y especialmente los fracasos, terminan explicándose con un apellido. Esto, si bien nos sirve en lo individual para descargar la culpa propia señalando la ajena, cuando se traduce en conducta colectiva nos impide como pueblo, aprender de nuestro pasado, de la realidad que nos rodea, y sobretodo de nosotros mismos.

No significa lo anterior que debemos mostrarnos complacientes frente a quienes han gobernado o gobiernan el país. O bien que les quitemos la parte de la responsabilidad que les corresponde, recurriendo a clichés tan vagos como trillados diciendo que todos somos los culpables de nuestros problemas, o que tenemos el gobierno que nos merecemos, como si esto fuera un especie de castigo fatal que la providencia le impone a los pueblos, por no saber escoger a sus gobernantes.

Quienes encabezan el Ejecutivo juegan en la vida del país un papel fundamental; sus decisiones y sus omisiones repercuten a lo largo y ancho del territorio, y se trasminan en todos los sectores sociales. Por otra parte, la presidencia, es el cargo público de mayor jerarquía que se ocupa a partir de un proceso electoral, lo cual implica que el pueblo deposita su confianza en su transitorio ocupante, y que por tanto, su encomienda debería culminar con una exhaustiva rendición de cuentas, respecto a su responsabilidad como jefe de estado, es decir a su gestión, y muy particular a su comportamiento como servidor público, es decir a su integridad personal.

Hasta ahora este proceso de rendición de cuentas no existe de manera formal. Así, las metas establecidas en los planes de gobierno, y no se digan la promesas de campaña, quedan como anécdotas intrascendentes, sino es como monumentos a la ingenuidad de quienes

creyeron en ellas y al cinismo de quienes las ofrecieron, sin tener elementos para poder cumplirlas. Mientras que la sociedad contempla como algunos de sus exservidores y sus respectivas familias, manifiestan una forma de vida, que difícilmente podrían explicar por la vía de sus ingresos, lo cual evidencia que es en la impunidad donde se siembra corrupción.

Para nuestra madurez política, resultaría importante que al término de una gestión presidencial hubiera un mecanismo formal de rendición de cuentas, que no se limitara al sexto informe , y donde el Jefe del Ejecutivo dé cuenta de su gestión y de su conducta; que explique los avances, las razones de las metas incumplidas, y sobretodo las asignaturas pendientes respecto a los grandes objetivos nacionales, los cuales por su importancia deben trascender administraciones e ideologías.

Además de servir de base para evaluar la gestión del presidente saliente, este ejercicio nos permitiría recoger lecciones, entender nuestro tiempo y eslabonar administraciones hacia la construcción de un proyecto de país, que tenga al bienestar de la mayoría como su primera prioridad y como el rasero que mida nuestro éxito como nación. Si nuestra historia la explicamos a través de culpables, también deberíamos decir que nosotros permitimos que fueran irresponsables.